

LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRÁFICA MODERNA



NO

598

ERIC VON STROHEIM

25
cts

FAY WRAY
ZASU PITTS

LUNA DE MIEL

LA NOVELA
SEMANAL CINEMATOGRAFICA
MODERNA
EDICIONES BISTAGNE

DIRECCIÓN: **Francisco - Mario Bistagne**
Pasaje de la Paz, 10 bis · Teléfono 18551

AÑO XI BARCELONA N.º 598

LUNA DE MIEL

Poema cinematográfico, interpretado por
Eric Von Stroheim, Zasu Pitts, Fay Wray,
etc.



Es un film **PARAMOUNT**
Distribuido por
PARAMOUNT FILMS, S. A.

Paseo de Gracia, 91 BARCELONA

Con esta novela se regala la postal-fotograffa de
SHIRLEY GREY

Prohibida la
reproducción

LUNA DE MIEL

Argumento de la película

I

Viena, 1875. La fiesta del Corpus. Ante la catedral se apiña una multitud con más curiosidad que fervor. Es la fiesta que con más solemnidad celebra Viena desde hace muchos años. El elemento militar desempeña en ella un papel muy importante. Brillan los uniformes de gala, centellean las vainas esmaltadas de los sables, las insignias de plata y oro, las espuelas de los oficiales de caballería, los instrumentos de los músicos.

Así se explica que entre la multitud que forma un compacto semicírculo ante la puerta principal de la catedral, predomine el elemento femenino.

Mitzi está entre la masa de los espectadores. Es una muchacha de condición humilde, una mujercita del pueblo, pero tan bella, que en un trono y con una corona de oro y brillantes habría deslumbrado al mundo.

Mitzi está con sus padres y con su novio. Este es un hombretón fuerte y rudo, que hace honor a su oficio de carnicero. Los padres de Mitzi simpatizan con él, porque su puesto de carne en el mercado tiene una clientela fija, que el novio de Mitzi—Schani es su nombre—sabe conservar y aumentar.

Sin embargo, Mitzi, no comparte la admiración de sus padres hacia el formidable carnicero.

Mitzi es una flor exquisita en medio del oscuro ambiente en que vive. Su alma sabe volar y su pensamiento conoce la delicia del sueño.

Su cuerpecillo esbelto se yergue flexible como un tallo sobre la gracia diminuta de los pies, y su rostro es la flor, fina, de rasgos purísimos, de matices que oscilan entre el jazmín y el

rosa. Y en este cáliz maravilloso, dos ojos profundos, amplios, transparentes, un poco entornados y pensativos. No; Mitzi no puede compartir la simpatía de sus padres hacia el carnicero.

Por eso, ahora, mientras Schani está muy ocupado en devorar una torta que acaba de adquirir a un vendedor ambulante, ella contempla al príncipe Nicki, que se yergue sobre su caballo a la puerta del templo.

El príncipe Nicki está como ella, en la flor de la juventud. Sus padres, los príncipes de Rauffetenburgo, están ya viejos y pronto cederán a Nicki todo el peso de sus coronas.

Nicki se aburre. Tanto tiempo embutido en las magníficas galas de su uniforme, inmóvil sobre su blanco caballo, en espera de que salga la procesión para formar parte de ella con toda la oficialidad a sus órdenes, es demasiado para un espíritu como el suyo, vehemente y desbordante de juventud.

Por eso su mirada distraída va de la puerta del templo a las apretadas filas de curiosos y de éstas a aquélla, en un continuo vagar de fastidio.

Pero, de pronto, sus ojos se animan y una leve sonrisa florece en sus labios. Es que su mi-

rada se ha encontrado con la de Mitzi. Ella la ha retirado en seguida, pero él ha tenido tiempo de captar un relámpago de simpatía y admiración.

Desde este momento, mientras Schani devora la torta y charla con los padres de Mitzi, queda entablado un diálogo de miradas entre ésta y el príncipe.

Los minutos que antes se deslizaban trabajosamente, lentos e interminables, ahora parecen tener alas y pasar con la rapidez de segundos.

Mitzi tiene en la mano unas flores. Un gesto del príncipe y las flores van a parar al interior de las amplias y brillantes botas de montar. Nicki se inclina disimuladamente, se apodera de las flores, se las lleva a los labios y deposita en ellas un beso. Mitzi oculta en el abanico un gesto de emoción que se acusa claramente en sus ojos, asomados por encima del semicírculo protector.

De pronto, se oye el clamor potente de las trompas metálicas y de la catedral sale la vanguardia de la procesión.

Nicki da una orden y el escuadrón se suma a la brillante cadena humana.

Pero antes de que su caballo se pusiera en movimiento, se ha llevado las puntas de los dedos a los labios y ha enviado a Mitzi un beso que ella, rendida, ha recogido.

II

En el jardín, un silencio augusto. La luna forma encajes de ámbar en las flores y en el ramaje. Nicki, atlético y decidido, ha saltado la valla, cruza el jardín y silba bajo una ventana del edificio.

Es un juego que se repite todas las noches y que todas las noches produce el mismo efecto.

En seguida aparece Mitzi en el marco de la ventana, imponiendo silencio a Nicki con gestos llenos de gracia y de inquietud.

Una escalera de mano. El príncipe gana ágilmente el último escalón. Hay unas palabras, unos besos y Nicki vuelve a bajar llevando en brazos el ligero y palpitante cuerpo de Mitzi.

Tiembla el jardín. Todo tiene vibraciones intensas y misteriosas. Los amados y amantes buscan un refugio, un nido entre el ramaje y entonces toda la palpitación de la naturaleza padece por contraste con la emoción de las caricias y de los besos.

¿Palabras? Ninguna. Se entienden perfectamente con los ojos. Cada mirada equivale a un largo discurso. Por otra parte, les sería difícil

articular una sola sílaba en estos momentos en que la intensidad de la pasión ahoga y paraliza todas sus facultades.

Pasa así el tiempo, sin freno ni medida. Los pétalos de las flores llueven sobre ellos como una bendición y una caricia. Los besos se suceden sin tregua. Y la luna se va hundiendo en el horizonte.

Otra vez sube el príncipe la escalera de mano con la deliciosa carga de Mitzi. La deposita suavemente al otro lado de la ventana y se encuentran los cuerpos y los labios en un frenético beso de despedida.

Ella permanece en la ventana hasta que Nicki desaparece en la sombra del ramaje.

Así todas las noches.

* * *

Pero los príncipes de Rauffetenburgo tienen graves problemas por resolver.

Problemas económicos, agobiadores y apremiantes.

Por eso han concedido su amistad al millonario Schiwesser, un hombre del pueblo sin una gota de sangre azul en las venas, pero tan cargado de millones que estas deficiencias naufragan en un mar de billetes.

El voluminoso Schiwesser sostiene ahora una conversación importantísima con los príncipes de Rauffetenburgo. Está pactando nada menos que la boda de su hija Cecilia con el príncipe Nicki.

Una emoción profunda domina al millonario. Precisamente su sueño ha sido siempre comprar un aristócrata para su hija. Y he aquí que ahora se le ofrece la ocasión de darle por marido un príncipe.

El pacto se lleva a término felizmente. Las dos partes, cada una con sus miras, desean realizarlo. Los padres de Nicki obtendrán lo que necesitan para cumplir sus compromisos monetarios; el de Cecilia conseguirá el ansiado yerno.

E incluso se fija la fecha de la boda.

* * *

Cecilia es, como Mitzi, una flor de inocencia. Juega con las palomas, tiene sueños de niña. Pero qué diferencia entre ella y Mitzi. La ingenuidad de Cecilia es candidez pueril y su bondad, pasividad bobalicona.

Además, no tiene nada de bella ni de gentil y, por añadidura, cojea del pie izquierdo.

Cecilia conoce sus propios defectos y los acepta con resignación. Cecilia sabe que ella no tie-

ne ningún atractivo para los hombres, y menos para los hombres que los tienen.

Por eso, cuando su padre le habla de su boda con el príncipe, ella lo toma a broma.

Pero su padre no miente y ha dicho:

—Te casarás con el príncipe Nicki.

Y Cecilia pasa la noche en un perpetuo y maravilloso sueño. ¿Ella princesa? ¿Ella esposa de un príncipe que, además, como hombre, es un ídolo de las mujeres?

Y deslumbrada ante tanta felicidad, sobreco-
gida ante tanta belleza, no cesa de repetirse:

—No puede ser, no puede ser.

* * *

El príncipe Nicki ha recibido la noticia de modo muy distinto. No conoce a Cecilia, pero eso es lo de menos. Habría de ser la mujer más bella del mundo y él no aceptaría de buen grado su matrimonio con ella.

El ama a Mitzi. Y la ama tan de verdad, tan intensa y absolutamente, que su amor no admite subdivisiones. El no puede dar un átomo de su corazón a Cecilia, porque pertenece por entero a Mitzi.

Nicki no replica al recibir la orden. Ha sido educado en la obediencia, bajo el rigor de una

disciplina militar. Sabe que ha de casarse con Cecilia y que de nada han de servirle los razo-
namientos. Sin embargo, no disimula el efecto que le produce la noticia. Su semblante se oscu-
rece bajo una nube de dolor.

Y la princesa, advirtiéndolo, dice:

—Es necesario, Nicki. De otro modo, nos hun-
diríamos en la miseria.

Y el padre añade:

—Hemos fijado la boda para el segundo sá-
bado del mes que viene. ¿Qué te parece, Nicki?

Nicki sonríe amargamente.

Y su respuesta es:

—Da lo mismo una fecha que otra.

III

Con toda pompa se celebra la boda en la ca-
tedral. Toda Viena está pendiente del aconteci-
miento. Un día antes la población entera se pro-
ponía asistir a la magnífica boda. Sin embargo,
ahora se han de contentar con esperar a que
alguno de los raros asistentes les refiera lo
que ha visto.

La naturaleza, como poniéndose de acuerdo
con el estado de ánimo de Nicki, ha cubierto el

cielo de negras nubes y lanza desde ellas el agua a torrentes.

Por eso, a pesar de la magnificencia que se ha desplegado en el acto, éste resulta sumamente deslucido.

Agua en las calles y nieve en los corazones. Hasta la marcha nupcial tiene matices angustiosos, como de marcha fúnebre.

La gente ha huído a refugiarse bajo los toldos. La plaza de la catedral está desierta. Sólo un puñado de curiosos permanecen ante la puerta, bajo sus paraguas.

Sigue el fragor de la lluvia, que azota las aceras cada vez más. Sigue en el interior del templo la magnífica armonía, ahora triste y pesada, de la Marcha Nupcial.

Y, entretanto, Schani, al aire los fuertes brazos, maneja la sierra y la cuchilla en su puesto de carne.

Ante el mostrador se alinean varias parroquianas. Una de ellas exclama:

—En este momento se está casando el príncipe Nicki con Cecilia Schiwesser.

Y otra responde:

—Boda sin amor, boda de dolor.

Y la primera:

—Pero los millones curan todos los males.

—Hay uno contra el que nada puede el dinero. El príncipe ama a otra.

—¿A esa Mitzi?

—Sí.

—Eso son murmuraciones.

Y una tercera interviene:

—Es la verdad.

—Deme usted una prueba.

—Yo he visto al príncipe entrar de noche en casa de Mitzi por el jardín. Yo lo he visto llegar hasta la ventana por una escalera de mano. Yo he visto cómo la bajaba en brazos y cómo desaparecían después los dos entre los macizos. Yo...

Pero un rugido de Schani corta su discurso. Schani ha descargado un hachazo formidable sobre el pilón de madera y ha lanzado un bramido:

—¡Calla, miserable!

Y ante el asombro de las parroquianas ha abandonado el puesto.

* * *

Una doble fila de curiosos, todos provistos de paraguas, esperan a la puerta del palacio la llegada de los recién casados.

Sigue lloviendo. El cielo destila incansable-

mente su tristeza. Todo está empañado y turbio, todo es lluvia y fragor de agua.

Entre los curiosos está Mitzi. Su rostro pálido, el cerco azul y profundo de sus ojeras son huellas bien evidentes de su tormento.

La comitiva ha salido ya de la catedral. Ha salido sin majestad ni orden ninguno, corriendo cada cual en busca de su coche.

Y ahora esos coches van llegando y deteniéndose a la puerta del palacio, mejor dicho, ante el cobertizo largo y estrecho que conduce a ella y el cual está bordeado por las dos filas de curiosos.

Hay de pronto un movimiento en la masa de espectadores. Es que la carroza de los recién casados acaba de entrar en la plaza.

Mitzi ha de sujetarse el corazón fuertemente para reprimir la violencia de sus latidos.

De súbito, ve algo que la impresiona más vivamente aún.

Frente a ella, con las ropas empapadas por el diluvio, acaba de aparecer Schani. Le basta mirar su rostro para comprender que bajo su frente se cobija un pensamiento siniestro.

¿Se habrá enterado?

Y al mismo tiempo que esta pregunta pasa por el pensamiento de Mitzi, sus ojos tropiezan

con la mano de Schani, oculta en el bolsillo de la americana y empuñando un objeto que sin duda es un revólver.

Y el descubrimiento equivale para ella a la respuesta: "Sí, se ha enterado."

Pero no hay tiempo que perder. La carroza de los recién casados acaba de detenerse ante el cobertizo. Nicki va a bajar. Ya el cañón del revólver de Schani se dirige hacia la carroza.

Mitzi cruza el cobertizo y se abalanza sobre Schani.

Aferrándose a su brazo, le pregunta:

—¿Qué vas a hacer?

Y él, por toda respuesta, trata de desprenderse con una sacudida.

Pero Mitzi está dispuesta a todo por salvar al hombre amado.

—¡Schani! No dispare. ¡Te juro que me casaré contigo!

Los miembros tensos del hombrón se aflojan. Mitzi acaba de pronunciar las únicas palabras capaces de trastornar todos sus propósitos. Y es que, así como Mitzi pone por encima de todo el amor a su príncipe, Schani antepone a todo lo demás el amor de ella.

La manaza formidable sigue empuñando el revólver. Pero el cañón de éste se dirige al suelo.

Y bajo el cobertizo pasan los recién casados, él erguido y grave, ella balanceándose a causa de la cojera.

De pronto, los ojos del príncipe se encuentran con los de Mitzi y experimenta un convulsión tan viva, que Cecilia lo advierte.

Y ve que la mirada de estupor de Nicki corresponde a la de un rostro pálido y bellísimo que se destaca en la fila de curiosos.

Pero el príncipe ha reaccionado y sigue su camino hacia la puerta, al lado de Cecilia, de la pobre Cecilia.

IV

Han quedado solos en la cámara nupcial. Cecilia se ha sentado en el sofá, entre los cojines de seda.

Nicki pasea ensimismado. Sobre un velador hay una bandeja con un servicio de champaña. El líquido de oro burbujea intacto en las copas. El príncipe, galantemente, ha ofrecido una de ellas a Cecilia. Y Cecilia la ha rechazado con un aspaviento y una puerilidad.

—Se me sube a las narices.

El príncipe no se siente decepcionado. Es sencillamente lo que esperaba. Pero, siempre cortés

y exquisito, ofrece un cigarrillo a su esposa al sacar la pitillera para fumar él.

Cecilia lo rechaza. Nicki enciende el cigarrillo y sigue paseando.

Ella empieza a comprender. Se está conduciendo como una tonta ante Nicki. Ella sabe, porque sus consejeras se lo han dicho, que no debe oponerse a nada, que debe ser amable y dulce con su esposo.

Así se explica que él esté tan serio, tan aburrido.

Y decide cambiar de táctica.

—Dame un cigarrillo, Nicki.

El príncipe se apresura a ofrecerle la pitillera y Cecilia pasa su primer apuro. No sabe cómo se colocan los dedos para sostener el cigarrillo. Pero un vistazo a la mano de su marido le da la solución del problema.

Inmediatamente, el segundo conflicto. El humo se le introduce precisamente por donde más molesta, y tose, estornuda y lagrimea. Le escuece la garganta, la nariz, los ojos. Nunca hubiera creído que el fumar llevara consigo suplicios semejantes.

Pero todo antes de que Nicki continúe aburriéndose. ¡Vaya un recuerdo que conservaría de su primera hora de intimidad con ella! Y da al

cigarrillo una segunda chupada, mucho más fuerte que la primera.

—Un poco de champaña, Nicki, ¿me haces el favor?

El le ofrece una copa y se queda con la otra.

Entonces ella, en un rasgo de audacia, lanza este brindis:

—Por nuestra dicha,

Y se bebe todo el contenido de la copa.

El efecto es inmediato. Cecilia se siente asistida de una audacia sin límites. Y recuerda que sus consejeras la han recomendado cierta dosis de mundanismo. Entonces monta una pierna sobre otra y tira disimuladamente de su falda.

La pierna sana queda al descubierto. Es una pierna fina y bien contorneada que no deja de ejercer cierta fascinación en Nicki. Ella se estremece al darse cuenta. Por un momento experimenta la tentación de echar abajo la falda, pero se contiene y pide una segunda copa de champaña.

Esto aumenta su audacia de tal modo, que consigue mostrarse incluso tentadora en su coquetería.

El príncipe así lo considera, porque se sienta a su lado e insinúa algunas caricias, cuya consecuencia es que se levanta, la coge en brazos y la conduce al tálamo nupcial.

Un ejército de doncellas se ofrecen a ayudar a la princesa, pero Nicki las despide con un gesto y emprende la tarea de desnudar a Cecilia.

Sus movimientos son rápidos y nerviosos. La recién casada, a pesar de su alegre aturdimiento, no puede menos de experimentar cierto rubor que la mueve a ocultar el rostro entre las manos.

Pero deja los dedos abiertos, para poder mirar. Por entre ellos ve un ramo de flores blancas en un jarrón depositado cerca de la cama, en un elegante mueblecillo.

—Mira, Nicki. Aquellas flores son como un símbolo de la belleza de esta noche inolvidable.

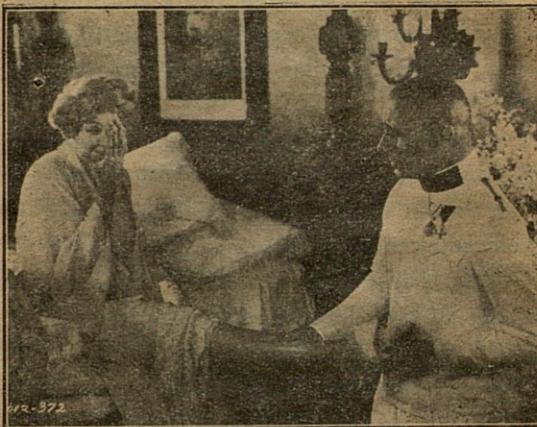
Nicki, que en este momento tira de una media de Cecilia, suspende la operación y se vuelve.

El blanco de las flores le deslumbra un momento. Es el principio de una alucinación que ha de ser fatal para esa felicidad a que Cecilia acaba de referirse.

Sobre el fondo blanco y purísimo de las flores comienzan a destacarse los contornos de un rostro. Estos contornos, muy vagos al principio, son cada vez más claros y vigorosos. Por fin, ese conjunto de líneas muestra a Nicki un semblante conocido. Es el rostro de Mitzi, ese rostro

que nunca podrá olvidar, ese rostro que llevará clavado siempre en el corazón como una espina.

Se pasó la mano por la frente y, con un esfuerzo sobrehumano, intenta reanudar la operación interrumpida. Pero no puede, al ver ahora,



Nicki, que en este momento tira de una media de Cecilia...

después de haber visto el de Mitzi, el rostro de Cecilia, advierte la enorme diferencia que los separa, y se da cuenta de que la farsa de amor que se proponía representar con Cecilia, equivale a una monstruosidad superior a sus fuerzas.

Y, como obedeciendo a un movimiento de su-

bita decisión, saluda con una inclinación de cabeza y sale de la cámara nupcial, dejando a Cecilia sumida en el abismo de su doloroso desencanto.

V

Los recién casados se han trasladado al magnífico castillo que poseen los Rauffetenburgo al pie de los Alpes. Allí, Nicki puede buscar el olvido en las expediciones alpinas.



Allí, Nicki puede buscar el olvido en las expediciones alpinas.

Entretanto, allá en Viena, Mitzi se dispone a cumplir su compromiso con Schani.

En un momento de optimismo ha llegado a concebir la ilusión de que algún día amará a Schani y que su matrimonio la hará olvidar.

Pero ahora, al dirigirse al altar al lado de Schani, al arrodillarse ante el sacerdote que les ha de echar la bendición, comprende que su mal no tiene remedio. Nunca, nunca podrá amar a Schani. Ella también lleva en el corazón, clavado como una espina, el recuerdo de un rostro idolatrado. Y sus labios están llenos aún del perfume de unos besos inolvidables. Y en su talle perdura la caricia de unos brazos, vigorosos y delicados al mismo tiempo.

No, no podrá olvidar nunca a su príncipe.

Sin embargo, allí está el sacerdote, preguntándole si quiere a Schani por esposo. Ha de responder. Su silencio comienza a inquietar a los que la rodean. Ha de responder y ha de responder afirmativamente.

Se concentra en sí misma un momento, hace un esfuerzo inaudito. El "sí" ya está en su pensamiento. Ahora no hay más que desplegar los labios y dejarlo escapar. Nada más que eso. Sin embargo ¡qué enormemente difícil se le antoja a la desventurada! Varias veces intenta pronun-

ciar el monosílabo y otras tantas fracasa. Es como si una garra se crispara en su garganta, cazando los sonidos.

Un esfuerzo mayor con el mismo resultado. Otro en el que pone, con impulso desesperado, todas sus energías. Y entonces siente que su pensamiento se nubla, que sus miembros han quedado agotados por el esfuerzo y pierde la noción de las cosas. Sólo se da cuenta de que cae y de que unos brazos la sujetan.

La boda no se ha realizado. Mitzi no ha cumplido su promesa; no ha podido cumplirla.

Schani comprende que Mitzi no le ama. Sabe que nunca podrá conquistar su corazón. Y esto le produce un dolor infinito al mismo tiempo que una rabia sorda.

Las parroquianas murmuran ante el puesto de carne. El oye lo que no ignora, pero cada vez que escucha las horribles murmuraciones le parecen nuevas. Y cada vez se le antojan más odiosas y desesperantes.

Otra vez el hacha ha caído fieramente sobre el pilón de madera.

Y en la mente de Schani surge este propósito: "Le mataré."

Abandona el puesto, va a su casa por el revólver y se dirige al castillo de Rauffetenburgo.

Las murmuradoras le han espiado. Han visto su semblante siniestro. Han adivinado el revólver a través de la tela del bolsillo. Le han visto tomar la dirección de Rauffetenburgo.

Y se apresuran a buscar a Mitzi, para darle la noticia.

Entonces Mitzi vuelve a sentir lo que sintió un día al ver aparecer a Schani junto al cobertizo por donde Nicki había de pasar. Aquellos trágicos propósitos se reproducen ahora en alma de Schani.

Y Mitzi, que sigue amando al único hombre que ha amado y amará en toda su vida, se prepara rápidamente para partir y sale de Viena en dirección a Rauffetenburgo.

¿Su propósito? Salvar al príncipe. ¿Cómo? Avisándole.

Tendrá que llegar antes que Schani. ¿Es eso posible? Mitzi ni lo piensa siquiera. Sólo sabe una cosa: o llegará antes que Schani o caerá muerta en el camino.

VI

Schani llega al castillo de Rauffetenburgo.

—Quiero ver al príncipe.

Y el criado pregunta:

—¿Qué desea de su alteza?

—Poca cosa—responde Schani sarcásticamente. ¡Matarlo!

El criado se estremece. Dirige a Schani una mirada de horror.

—¿Dónde está el príncipe?—pregunta en son amenazador el carnicero.

—No sé... no sé...

Y Schani le hace rodar por el suelo de un puñetazo.

A la puerta hay unos mendigos. A ellos les pregunta:

—¿Dónde está el príncipe?

Y el más viejo, aterrado, señala una alta cumbre, cuya nieve parece apagarse con la luz crepuscular.

Schani alza los ojos y se dirige con fiera decisión hacia aquella cumbre, sin guías, sin cuerdas, sin un mal palo para apoyarse. Pero, ¿qué le importa? Para eso tiene las uñas.

Cecilia, al enterarse por el siervo maltratado, siente que su alma se hunde en el terror.

Elía sabe que el príncipe no la ama ni la amará nunca; pero ella ama al príncipe.

—He de salvarlo, he de salvarlo—se dice enloquecida.

Y da las órdenes necesarias para improvisar



—He de salvarlo, he de salvarlo.

una expedición alpina que la lleve al lado de Nicki antes de que pueda llegar el asesino.

Ya ha partido Cecilia con sus criados, cuando llega Mitzi. Pregunta, se entera de que el príncipe está en una cumbre, busca un guía y se lanza sin vacilar a la empresa temeraria de escalar los nevados picachos.

Cierra la noche y aun están los viajeros a medio camino. Por el Oeste avanza de pronto un montón de nubes negras y, momentos después, comienza la tempestad de nieve. Sopla el viento. Se convuelve el monte al estallido de los truenos.

nos. Los relámpagos iluminan la faz siniestra de Sohani, el rostro descompuesto de Cecilia y la carita pálida de Mitzi.

Pero los tres están dispuestos a llegar. Nada podrá detenerlos.

Y, por fin, Cecilia, eficazmente ayudada por sus criados, expertos alpinistas, llega ante el refugio donde sabe que se encuentra el príncipe.

—¡Nicki! ¡Te quieren matar!

El príncipe, extrañado, la conduce a una habitación contigua.

—¿Qué dices? ¿Estás loca?

Pero ella se lo cuenta todo, le da toda clase de detalles.

Y es tal su agitación, que Nicki ha de creerla.

De pronto, suenan en la puerta unos golpes.

Abre el príncipe y se encuentra ante el bello y pálido rostro de Mitzi.

—¡Escóndete! ¡Te quieren matar!

Y el desfallecimiento convierte su voz en un soplo.

El, rápidamente, comprende el heroico sacrificio de la mujer amada y, sin poder contenerse, la rodea con sus brazos.

—¡Mitzi!

Y Mitzi pregunta:

—¿Ha llegado ella?

Es como una llamada al orden. Nicki la suelta y da un paso atrás.

—Sí. Está ahí dentro. Ven.

Y Mitzi y Cecilia se encuentran frente a frente.



—¡Mitzi!

—Ha venido también a avisarme—explica el príncipe al presentar a la recién llegada.

Pero Cecilia nada responde. Está absorta contemplando el rostro de Mitzi, como si pugnara por reconocerlo.

Y, de pronto, recuerda aquella carita pálida, cuyos ojos quedaron prendidos en los de Nicki, el mismo día de la boda, al regresar a palacio.

Sólo esto necesitaba para comprender por qué Mitzi “ha ido también a avisarle”.

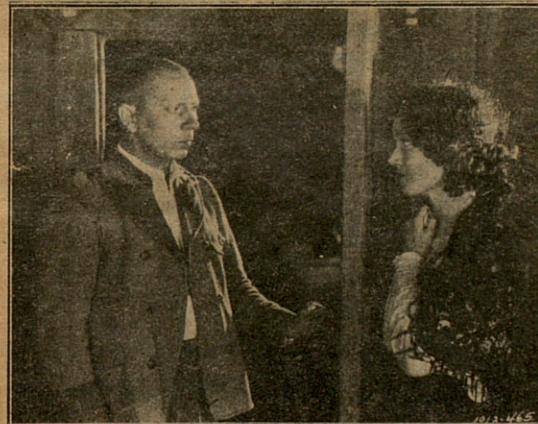
Al desviar la vista, al volverse para disimular su dolor, ve el brillo de un arma tras los cristales de la ventana. Es un revólver, un revólver que apunta a Nicki.

Con inspiración súbita se abalanza sobre el esposo para cubrir el amado cuerpo con el suyo.

Y en este momento suena un disparo.

Ni siquiera un grito, pero en la espalda de Cecilia aparece una gran mancha roja.

El príncipe, pasado el primer momento de estupor, deposita a Cecilia en el lecho, examina



...encarga a Mitzi que cuide de su esposa.

la herida, encarga a Mitzi cuide de su esposa y da órdenes terminantes a sus criados.

—Vosotros, id en busca de un médico. Vosotros, a dar caza al asesino. Allí donde lo encontréis, matadlo.

Y unos y otros cumplen su cometido.

Pero los primeros inútilmente, porque cuando el médico llega, la última gota de sangre se ha escapado del cuerpo de Cecilia.

* * *

Toda Viena se ha conmovido al conocer el trágico suceso.

Mitzi está enferma. Nicki comprende que el recuerdo de lo ocurrido le acompañará hasta la muerte, enturbiando sus horas de alegría.

En cambio, la princesa madre sólo tiene este frío comentario:

—Sospechaba que algo malo habría de ocurrir. Estos matrimonios de conveniencia nunca terminan con bien. Pero todo tiene su lado bueno. Tú, ahora, eres libre. Nosotros, hemos salvado la situación económica.

Pero Nicki, en cuyo pecho de príncipe late un corazón de hombre, sólo con una amarga sonrisa puede responder a estas palabras.

FIN

La Novela Cinematográfica del Hogar

Números publicados:

1. Puertas cerradas
2. Madre pecadora
3. Estrella simbólica
4. La losa del pasado
5. La mujer de Satanás
6. Jimmy, el misterioso
7. Nueva mujer, nueva vida
8. Amanecer
9. Tras la cortina
10. Los misterios de Londres. (La divina pecadora)
11. En la vieja Arizona
12. Honrarás a tu madre
13. Nobleza baturra
14. Su majestad El Amor
15. Amor siniestro
16. Eugenia Granát
17. Ans contra el mundo
18. La hermana blanca
19. De mujer a mujer
20. Mujeres frívolas
21. No me olvides
22. El caballero del amor
23. Estrellas fugaces
24. Tobillos de oro
25. En nombre de la amistad
26. El prisionero de Zenda
27. Sendas frácticas
28. El príncipe Stravos
29. Púlbol, amor y toros
30. Hombres peligrosos
31. Sed de cariño
32. Luna de miel
33. Shari (la hechicera oriental)
34. El príncipe de los diamantes
35. Una mujer en Wall Street
36. Las tres hermanas
37. Cara o cruz
38. La calle del azar
39. La batalla de París
40. Malas compañías
41. El conquistador
42. La caza del millón
43. El enemigo silencioso
44. El príncipe X
45. Canción gitana
46. ¿Quién disparó?
47. El capitán Tormenta
48. Arco Iris
49. Estrellas del «Edén»
50. Siete días con licencia
51. ¡Qué hombre tan guapo!
52. Bataclán
53. La santa amistad
54. Dramas del circo
55. El reporter del diablo
56. Vértigo del tango
57. La noche es nuestra
58. El premio de belleza
59. ¡Siempre alerta!
60. El misterio de Villa Elena
61. El testamento Nodelkof
62. Oro y sangre
63. Ingenuidad peligrosa
64. La locura del oro
65. Hermanas frívolas
66. Estrellas de Occidente
67. ¡Desparado!
68. Un plato a la americana
69. La casa de la flecha
70. El defensor
71. Jóvenes pecadores
72. Espousas de médicos
73. Su hombre
74. ¡Vaya mujeres!
75. Todo por el aire
76. Flor de pasión
77. Por un par de pijamas
78. Pobre tenor
79. Música de beos
80. El otro yo
81. El camello negro
82. A toda marcha
83. Ma voy a París
84. Gordas y flacas
85. Estaré sola a media noche
86. El hijo pródigo
87. La aventurera
88. Tres muchachas francesas
89. El temerario
90. Mi padre es un fresco
91. Ternura
92. Rascacielos
93. Un provinciano en París
94. Diosas de Montmartre
95. La huérfanita
96. El centauro
97. Cuatro estudiantes
98. Luz de Montana
99. La riada
100. El puñal malayo
101. El trío fantástico
102. El salto decisivo
103. Su gran noche
104. Embajadores sin cartera
105. Hazte rico pronto
106. Aristócratas del crimen
107. El hijo adoptivo
108. Más allá de la victoria
109. Hermanas de la farándula
110. La flota suicida
111. David, el apocado

Los números van acompañados de una artística postal-bicolor

Acaba de aparecer, con extraordinario éxito,
en las selectas **Ediciones Especiales**, de LA
NOVELA SEMANAL CINEMATOGRÁFICA, la inmortal
novela

MIGUEL STROGOFF

O

EL CORREO DEL ZAR

Magnífica película, interpretada por Iván Mos-
joukine, Nathalie Kovanko, Tina Meller, etc.

Portada a cuatro colores. 16 ilustraciones
interiores.

Nutrido texto. Precio popular: **1 peseta.**

Exija siempre las novelas cinematográficas de

Ediciones BISTAGNE

Las mejores películas.—Los mejores artistas.
Las mejores narraciones.

Siempre

EDICIONES BISTAGNE

Pasaje de la Paz, 10 bis. — BARCELONA

Precio popular: **1 pta.**

EXCLUSIVA DE VENTA PARA ESPAÑA

Sociedad General Española de Librería,
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.

Barcelona: Barbará, 16. - Madrid: Evaristo San Miguel, 11

Ediciones BISTAGNE

Pasaje de la Paz, 10 bis

Teléfono 18851 - BARCELONA
